La

Piel del tigre

Matan

4

Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.


LA PIEL DEL TIGRE.

LA PIEL DEL TIGRE,

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA.

EDICION REFUNDIDA.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.

CAROLINA.
ADELA.
LUIS.
DON FRANCISCO.
DON ROMAN.
JOSÉ, criado.
LUISA, criada.

La accion en Madrid.—Época actual.

A MI MUY QUERIDO TIO Y PADRINO

EL SEÑOR

DON LORENZO L. GARCÍA.

Como testimonio de cariño y emblema de gratitud.

Sevilla, Noviembre de 1872.

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Sala elegante. Puertas al fondo y laterales. Ventana á la derecha y chimenea á la izquierda. En primer término un velador con tapete, lleno de papeles y libros.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, LUIS.

Luis aparece escribiendo. Carolina junto á él figura termin a su labor. Junto á ella un cesto.

LUIS. (Soltando la pluma.)
Vaya! al fin he concluido
mi trabajo colosal.
CAROL. (Sonriendo.) No es pequeña la fortuna.
LUIS. Necesito descansar.
CAROL. ¡Resultados del estudio!
LUIS. Pues aunque tildes mi afan,
no hallo un placer comparable
al placer de trabajar.
CAROL. Al fin pararás en loco.
LUIS. Carolina, ven acá.
Del libro que te he comprado,
qué piensas?
CAROL. (Con displicencia.) Qué he de pensar?
que es un libro conveniente

por su mucha utilidad.
Pero tú estás fatigado...

LUIS. No lo estoy... puedes hablar...
Qué te parece el capítulo
de la educacion filial?

CAROL. Me parece bien.

LUIS. Sé franca.
No lo has leido quizás?

CAROL. Sí, he leido... (AP.) (La portada.)
Quiero al leerle estudiar.

LUIS. Si esa es tu intencion me callo.

CAROL. Pues si tanta es tu bondad,
quieres un pacto conmigo
sin dilacion celebrar?

LUIS. Explícate! si en mi mano
lo que tú anhelas está...

CAROL. Si leo de cabo á rabo
esa obra trascendental,
me darás por ello un libro
que deseo con afan?

LUIS. Qué libro es?

CAROL. Una obrita
que ha publicado Dumás...

LUIS. Dumás! Á fe que ese nombre
no es para mí familiar.

CAROL. Pero, Luis, será posible
que viviendo en sociedad,
por esos raros autores
dejes al más popular?
Apuesto á que no conoces
de nombre ni á Jorge Sand,
ni á Victor Hugo, ni á Sué,
ni á Paul de Kock, ni á Balzac.

LUIS. En cuestiones de novelas
confieso mi nulidad.
Pero sepamos al cabo,
¿qué libro quieres comprar?
Es antiguo?

CAROL. No, que es nuevo.

LUIS. Su argumento?

CAROL. Muy moral.

LUIS. Y su nombre?

CAROL. Ángel Pitou.
Lo ensalza mucho Roman.
LUIS. Bueno está tu pobre tio.
Nada le parece mal.
Por qué no lees los cuentos
que te compré.
CAROL. Si estoy ya
cansada de releerlos.
Siempre el «Ángel del hogar...»
con la historieta delante
y el consejito detrás.
LUIS. Sin embargo, esas novelas
de María del Pilar
son las que cuadran mejor
á una mujer de tu edad.
Con el lenguaje sencillo
que hasta el alma misma va,
ellas muestran la virtud
y el vicio enseñan á odiar.
CAROL. Serán buenas; pero yo
estoy por las de Dumás.

ESCENA II.

DICHOS, ROMAN, por el fondo.

CAROL. Hola, tio!
ROMAN. Carolina,
Dios te guarde, y á tí, Fábio,
que te has convertido en sabio.
LUIS. ¡Siempre el mismo!
ROMAN. Dí, sobrina,
le has dicho ya á tu marido,
que si complacerte anhela
te procure esa novela
que está haciendo tanto ruido?
Gran obra, grande á fé mia...
LUIS. (Ap.) (Me choca su extraño aplomo.)
ROMAN. Lo que es el último tomo
es el mejor sin porfía!
LUIS. Parece que lo has leido?

ROMAN. Por eso estoy tan impuesto,
de fijo, Dumá alto puesto
por su libro ha conseguido.
CAROL. Ves cuánta razon tenía
al elogiarlo con creces?...
Yo no sé lo que mereces
por tu constante apatía.
LUIS. No pierdo el tiempo.
ROMAN. Que arguya
permite á tu afan profundo.
Si no conoces al mundo
la culpa tan sólo es tuya.
LUIS. Cada loco con su tema.
ROMAN. Siempre del estudio en pos!
No tienes perdon de Dios.
LUIS. ¿Qué quieres? Es mi sistema.
ROMAN. Lee ese libro singular.
LUIS. Bien; cuando esté más despacio.
CAROL. (Á Roman.) Te lo he dicho, es muy rehacio.
ROMAN. Nunca podrá figurar!
El tiempo con él se pierde!
LUIS. No es tu novela aburrida?
ROMAN. Quiá! si es lo más divertida...
eso sí, un poquillo verde.
LUIS. No leerla me interesa,
que detesto al vicio odiable.
ROMAN. Pues de qué quieres que hable
una novela francesa?
¡Eres el rey de los neos
aunque tu sancion no obtenga!
¿Qué quieres, Luis, que nos venga
de allende los Pirineos?
Te creiste por mi mal
que una novela sería
un curso de anatomía
ó un tratado de moral?
LUIS. Si es así, miéntras yo pueda
preferiré, aunque te espantes,
las novelas de Cervántes
y las de Juan Timoneda,
á esa coleccion impura,
de torpe prostitucion,

para vil mengua y baldon
de nuestra literatura.
ROMAN. En saber eres un sol.
Pero el público las paga.
LUIS. Es que hoy lo francés halaga
mucho más que lo español.
Voy á leer.
ROMAN. Hablarte quiero.
LUIS. Hasta luégo, Carolina.
ROMAN. (Á Carolina.) Si vas al baile, sobrina,
de tí una bondad espero.
CAROL. Cuál?
ROMAN. Concederla es preciso.
Vas á llevar un bouqué
que más tarde te enviaré.
CAROL. Acepto tal compromiso.
ROMAN. Mil gracias por el favor.
CAROL. Favor! Me gusta el empeño.
Siempre galante!
LUIS. (Al salir.) Qué sueño
me dará el baile traidor!
(Salen Luis y Roman por la derecha.)

ESCENA III.

CAROLINA, sola.

Pobre, á todo se acomoda!
y si fuese simplemente
un poco ménos sapiente
y un poco más á la moda,
no apurára del martirio
el ponzoñoso veneno.
Yo convengo en que es muy bueno,
y en que ama con delirio.
Pero siempre en su tarea,
del mundo haciendo abstraccion,
no hay para él diversion
que higiénica ó buena sea.
Si hablo de modas, se enfada;
si de bailes, se indigesta;
si de teatros, le apesta;

si de pasear, se anonada;
si se decide á ir al baile
á fuerza de discusion,
escondido en un ricon
se está lo mismo que un fraile.
Ni del tormento en los potros
guardára actitud más cruel...
Así, en vez de gozar él,
va á hacer gozar á los otros.
Yo, miéntras tanto, me veo
sola, entre cien elegantes,
que con sus frases galantes,
dan pábulo á mi deseo.
Quién me llama bella, quién
discreta, si séria estoy,
y quién añade que soy
discreta y bella tambien.
Á la legua he comprendido
que son puras cortesías...
¡Pero esas galanterías
son tan gratas al oido!
Y por qué el hado alevoso
hará para mis agravios,
que me halaguen siempre labios
que no son los de mi esposo?
Luis es sábio, no lo dudo,
mas yo elijo, aunque él se espante,
un ignorante galante
á un pozo de ciencia rudo.
Pues que tan corta es la vida,
bien se debe aprovechar...

CRIADO. Doña Adela Miramar...
CAROL. Adela! ¡Que entre en seguida!

ESCENA IV.

CAROLINA, ADELA.

CAROL. Adela!
ADELA. Al fin, Carolina,
logro estrecharte en mis brazos!
CAROL. Crees que ansiosa no aguardaba

instante tan deseado?

ADELA. Cuando por tu carta supe
que los conyugales lazos,
con su indisoluble union
tus ilusiones premiaron,
no pude volar á verte
como hubiera ambicionado.
Hallábame en Inglaterra
un litigio terminando,
por los bienes de mi pobre
marido, que murió en Mayo.

CAROL. Siempre fina y consecuente.
Cuánto te he extrañado, cuánto!

ADELA. No te pregunto si eres
feliz en tu nuevo estado,
porque sé que es tu marido
digno de tí. Cuántos años
tiene?

CAROL. Treinta y dos.

ADELA. Es jóven...
Galante?

CAROL. No hay que dudarlo.

ADELA. Dicen que adora el estudio.

CAROL. Tienes razon. Es un sábio...

ADELA. Lo dices de una manera...
Acaso es contigo uraño?

CAROL. No. Adela, hablemos de tí.
(Variando la conversacion.)
Te envidio. Cuántos encantos
hallarás en esta vida!

ADELA. Carolina, más despacio...

CAROL. El oro siempre reluce...

ADELA. Suele ser el oro falso.

CAROL. Modestia tuya!

ADELA. No á fé.
Tan sólo verdades hablo...
La libertad que en mí envidias
me dejará pronto acaso.

CAROL. Aceptas de nuevo el yugo
de himeneo?

ADELA. No hables alto,
que en cuestion de matrimonio

el misterio es necesario.
CAROL. Y con quién piensas casarte...
Que digas su nombre aguardo.
ADELA. Oye ántes lo que ocurrió.
CAROL. Bien.
ADELA. Á guisa de preámbulo.
Conocí en Lóndres á un jóven...
CRIADO. (Anunciando.)
Don Francisco Cantillano!
ADELA. (Ap.) (Rarísima coincidencia!
él aquí...)
CAROL. (Observándola.) (Se ha demudado!)
Tú le conoces, Adela...
ADELA. Sí tal, le conozco algo.
(Sabría que estaba yo?)
CAROL. (Ya voy amarrando cabos.
Este es el novio de Adela,
por más que quiera ocultarlo.)
ADELA. Hace tiempo que le tratas?
CAROL. Que ignores es bien extraño,
que ese señor don Francisco
es un pariente lejano
que tengo, un primo segundo...
ADELA. (Ap.) (Mis informes no eran falsos.)

ESCENA V.

DICHAS, D. FRANCISCO.

FRANC. (Á Carolina sin ver á Adela.)
Muy buenos dias, primita.
CAROL. Adela, acércate acá.
FRANC. (Dios santo! Mi prometida!)
ADELA. (Es él, no puedo dudar.)
FRANC. Adelita, qué fortuna...
(Ap.) (Maldita fatalidad...)
ADELA. Don Francisco, inesperado
el encuentro fué...
FRANC. (Procurando disimular.) No tal;
supe que usted se encontraba
aquí...
ADELA. (Sí será verdad!)

FRANC. (Qué pensará Carolina.)
CAROL. (Á Luis, que llega á la puerta.)
Entra, Luis.
FRANC. Providencial
es su venida.
ADELA. (Se turba.
Conviene disimular.)

ESCENA VI.

DICHOS, LUIS.

CAROL. Luis, te quiero presentar
á esta amiga que aquí ves.
LUIS. Muy bien...
CAROL. La señora es
doña Adela Miramar.
Cuando en la escuela estudiamos.
como amigas nos quisimos:
hoy que en ella no vivimos
como hermanos nos amamos.
ADELA. En ello ganando salgo.
LUIS. Señora, tengo un placer... (Saludando.)
Poco la puedo ofrecer,
porque poco es lo que valgo...
exceptuada mi amistad,
que fué siempre verdadera.
ADELA. Señor don Luis, yo sincera
acepto tanta bondad.
Su fama me es conocida.
LUIS. Mi fama?
ADELA. Por lo instruido.
LUIS. Señora, me he convencido
del vacío de la vida.
Así, con afan profundo
la mia al estudio dí.
El mundo se rie de mí,
y yo me rio del mundo!
ADELA. Yo alabo mucho el saber;
pero que al fin cansa entiendo.
LUIS. No, pues miéntras más aprendo
más me queda que aprender.

ADELA. ¡Ciencia desconsoladora!
LUIS. Cuando se estudia sin fé...
ADELA. Qué sabe usted? (Sonriendo.)
LUIS. Mucho. Sé
que no sé nada, señora. (Con gravedad.)
ADELA. ¡Horrible y tétrico abismo!
Qué locura!
LUIS. No estoy loco.
Pues qué, le parece poco
el conocerse á sí mismo?
CAROL. (Á una criada que entra.)
Qué quieres, Luisa?
LUISA. Aquí están
las muestras de los colores...
Este ramito de flores
le manda á usted don Roman.
CAROL. Ven, Adela...
ADELA. (Mirando á Francisco.)
(Está indeciso.)
Con su permiso... (Á Luis.)
CAROL. (Ap.) (Algo pasa.)
LUIS. (Á Adela.) Señora, si esta es su casa,
para qué pide permiso?

ESCENA VII.

LUIS, D. FRANCISCO.

Luis se pone á leer. D. Francisco en el proscenio.

FRANC. (No hallo un propicio momento
de explicarla mi pasion.
¡Cuánto sufre el corazon
miéntras palpita violento!
¡Maldita fatalidad!
De Adela por la asechanza,
nunca mi incierta esperanza
se tornará realidad.
Sí aunque mi prima interprete
mal mi áudacia, yo pudiera,
poco importa la manera,
deslizarle este billete...

Pero mi infausto rigor
no me permite acercarme.
Todos dan en observarme.
Remitírselo es mejor.
Oh! dicha... y no es ilusoria!
El bouquet que logro ver,
si Dios me ayuda, va á ser
el pedestal de mi gloria.
Esta flor me ha seducido.
Qué hermosos pétalos tiene!
Por el momento conviene
entretener al marido.)
(Alto.) Luis, aquí le traigo á usted
este tratado inmortal
de Física racional.

LUIS. Ya de leerle tengo sed.
¡Prevot! Es bueno el autor.
En dónde le ha conseguido...

FRANC. Á un escritor distinguido
debo ese insigne favor.
Yo no tendría paciencia
para leerle; no obstante,
como sé el afan constante
que siente usted por la ciencia,
no he desairado el regalo.

LUIS. Yo se lo agradezco mucho.

FRANC. Usted que en física es ducho
me dirá si es bueno ó malo.

LUIS. Lo mismo que un catedrático
aquí me siento á leer.
Capitulo quinto... Á ver...
(Pónese á leer.)
Ley del principio hidrostático.

FRANC. (Miéntras secretos arranca
á la ciencia, operaré.
Mi carta colocaré
tras esta camelia blanca.

LUIS. (Leyendo.) Líquidos. Hidrodinámica...

FRANC. (¿Quién descubre mi pastel?)

LUIS. (Id.) Estudio práctico del
vapor para la mecánica.

FRANC. (Ya que le viese quisiera.

¡Estoy de inquietudes lleno!)

LUIS. (Leyendo.) Si el manómetro no es bueno, suele estallar la caldera.

ESCENA VIII.

DICHOS, CAROLINA, ADELA.

FRANC. Ha visto usted el bouqué
que le ha enviado su tio?
CAROL. Le ví...
FRANC. (Qué sudor tan frio!)
Qué olor.
(Con mucha intención entregándoselo.)
CAROL. (Sencillamente.) Escogido, á fé.
FRANC. (Ap.) (Carolina, hablarla quiero.)
CAROL. Á mi hablarme?)
ADELA. (Con extrañeza tomando el bouqué.)
Qué perfume!
FRANC. (Mi alma de amor se consume...
Yo la adoro!...
CAROL. Caballero!)
ADELA. (Ap.) (Descubrimiento precioso...
Un billete en esta flor.
Guardémosle.—Y es de amor...)
CAROL. (Voy á decirle á mi esposo...
FRANC. Por Dios, Carolina.)
ADELA. Oigamos.
CAROL. (Inútil es el empeño.)
ADELA. Ah! me engañaba. No sueño!
LUIS. (Levantándose.)
Carolina, hoy no almorzamos?
CAROL. Mira el bouqué de Roman...
LUIS. Soberbio ramo.
FRANC. (Dios mio!)
LUIS. Es muy galante tu tio!
FRANC. (Con inquietud.)
(¡Al fin lo descubrirán!)
(Carolina sale un instante.)
ADELA. (Ap.) (Ah! cómo tiembla el malvado!
¡Si supiera el pobrecito
que yo el cuerpo del delito

tengo en mi poder guardado...
Casi siento tentacion
de volverlo á colocar...
Ántes quiero averiguar
por mí misma su traicion.)

LUIS. Mas qué escncia han derramado?
Á almizcle huele esta flor...

FRANC. (Ap.) (Me vende el maldito olor
de mi papel perfumado!)

ADELA. (Me da su angustia alegría.
Aunque el billete está aquí,
su olor le denuncia allí.)

CAROL. Gracioso Adela, sería,
que Roman, cuya paciencia
límites no ha conocido,
hoy se hubiera entretenido
en echar al bouqué esencia.

ADELA. (Á Luis.) Mire usted en los tratados
de los autores selectos,
cómo explican los efectos
de los perfumes mezclados!
(Con intencion mirando á D. Francisco.)

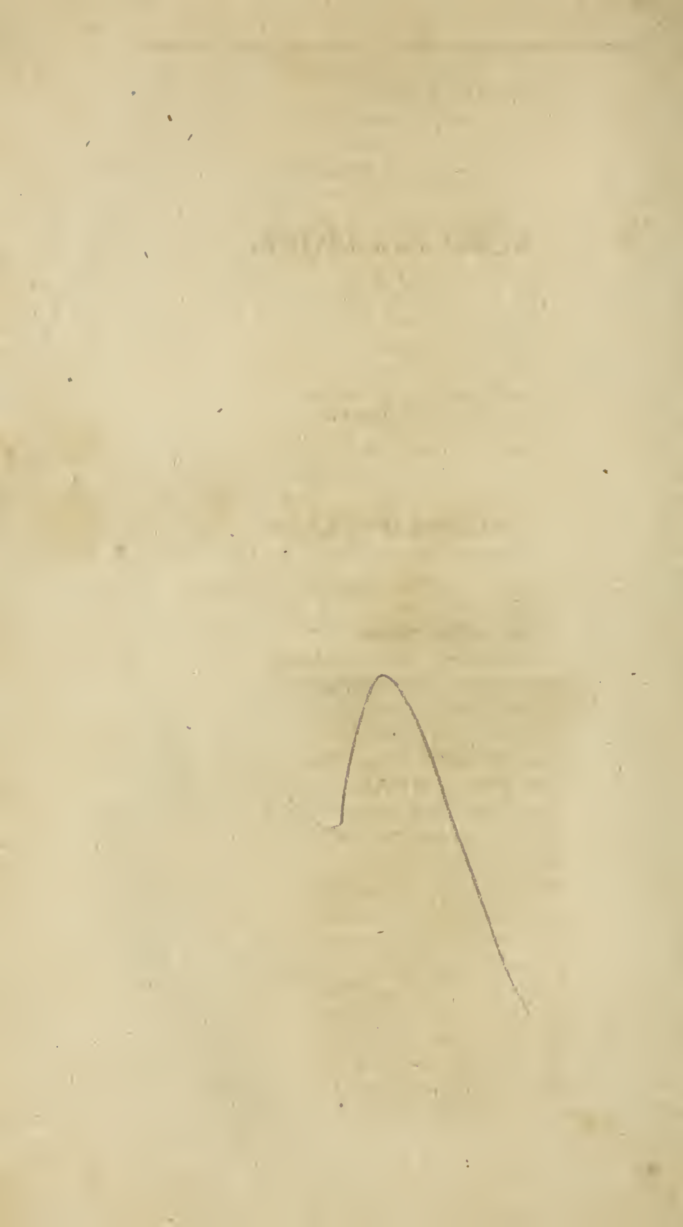
CAROL. (Viendo á la criada en la puerta.)
El almuerzo. Me mantengo
en mi opinion. (Volviendo á oler el ramo.)

LUIS. (Contestando á Adela.) Si lo haré...

FRANC. (Mi carta recogeré. (Dirijiéndose al ramo.)

ADELA. (Deteniéndole.) No la busque; yo la tengo!)
(D. Francisco queda estupefacto. Adela le enseña el papel riéndose, Luis y Carolina hablan aparte, ajenos á lo que pasa. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. FRANCISCO, solo, paseándose por la habitacion.

De mi pánico terrible
me encuentro repuesto apénas...
Pero señor, qué capricho
tan singular el de Adela!
Cómo registró el bouqué...
Cómo dió vueltas y vueltas
hasta dar con el billete!...
Y quejarme no debiera,
pues por esa circunstancia
pudo quedar encubierta
mi accion para los demás,
que ya tendrían sospechas.
El maldito olor de almizcle
se percibía á la legua.
Reflexionemos con calma,
para encontrar la manera
de salir de esta trifulca,
que ya comienza á ser seria.
Creo que Adela no conoce,
por mi fortuna, la letra

del funesto billetito;
pero si la conociera,
como no firmé, no hay miedo
que su autor llamarme pueda,
por más que esté persuadida
de que en efecto lo sea.
Pero en fin, esto es lo ménos...
Lo que mi inquietud aumenta
es que logre descubrir
ella, que es lista y traviesa,
que yo adoro á Carolina,
y que despechada Adela
al saber que quiero á otra,
se vengue, traidora y pérfida,
haciendo ver á mi prima
que yo soy una veleta,
ó impidiendo que le hable
ó que le escriba siquiera.
Medito entre dos rivales
como un buque entre dos peñas;
entre Caribdis y Sila
me pone mi snerte adversa.
Hola, el señor don Roman.

ESCENA II.

D. ROMAN y D. FRANCISCO.

ROMAN. Muy buenas tardes...
FRANC. Muy buenas.
ROMAN. El hallarle á usted aquí,
mucho, amiguito, me alegra.
Permita usted que este ramo
coloque en la chimenea.
FRANC. Otro ramo! Las floristas
estarán de enhorabuena.
Por si acaso no lo sabe
convendrá que le prevenga,
que no ha mucho, otro bouqué
de parte de usted trajeran...
ROMAN. Es cierto. Pero este es

para otra dama hechicera,
que asistir debe esta noche
al baile de la marquesa.
Don Francisco estuve á verle,
mas me dijo la portera
que estaría usted aquí...

FRANC. ¿Subió usté á mi biblioteca?

ROMAN. Sí, y el tiempo aproveché,
aunque sintiendo su ausencia.
Sobre lo que allí he pensado
consultar á usted quisiera...
Estamos solos, no es cierto?

FRANC. (Ap.) (¿Qué embajada será esta?)

ROMAN. Los momentos son preciosos...

FRANC. Hábleme usted con franqueza.

ROMAN. Sobre lo que pienso hacer
veamos qué es lo que aconseja
usted, que es hombre de mundo
y maestro en la materia.
Estoy enamoradísimo!

FRANC. Usted, don Roman?

ROMAN. Reserva!
Pero enamorado loco.

FRANC. De Emilia!

ROMAN. ¡Esa sí que es buena!
Si ya van dos meses que
la dí pasaporte en regla!
De otra mujer quiero hablar,
preciosa, amigo, soberbia.
Loco estoy por su hermosura,
y no tiene mi cabeza
más nombre que el de la ingrata
que es de mis delirios reina;
y si pudiese lograr
un sí de su boca bella,
fuera el hombre más feliz
de los que tiene la tierra.

FRANC. Estático, don Roman,
su revelacion me deja.

ROMAN. Hace mucho que la adoro,
pero nunca encontré fuerzas
para declararme...

FRANC. Audacia!
ROMAN. La tengo, más no con ella.
Algunas veces la he hablado
y me contestó risueña,
lanzándome esas miradas
que aquí se quedan impresas.
Oh! Maldita timidez...
si yo lograse vencerla!
FRANC. Lástima es no continuar
en tan propicias escenas.
Mas para todo hay remedio,
cálmese; si alguno observa!
ROMAN. Cuando estoy enamorado
me convierto en un babieca...
Yo necesito de un guía
que me señale la senda.
FRANC. Justo. (Ap.) (Ni con microscopio
se te vé la inteligencia.)
ROMAN. Me fuí á la casa de usted,
y allí piensa y retepiensa,
se me ha ocurrido, señor
don Francisco...
FRANC. Qué?
ROMAN. Una idea!
Tenía apoyado el codo
en una elegante mesa
que á mi derecha se hallaba.
De pronto mi mano inquieta
tropezó con una hojilla
de fino papel de seda,
perfumado con almizcle.
Pareciéndome tan buena,
aproveché la ocasion,
y escribí, pensando en ella,
cuantas vehementes locuras
al cerebro le ocurrieran.
He hecho bien, amigo mio?
Contésteme con franqueza.
FRANC. Dado el caso de que hablarla
para usted difícil sea,
es bueno el procedimiento,
por ser el sólo que resta.

ROMAN. Pues la pongo en el bouqué.
FRANC. (Ap.) (Qué escucho, cielos!
ROMAN. Se altera!
FRANC. (¿Le hará el amor á su misma
sobrina?) (Alto.) Roman, sin treguas...
quién es el objeto amado?
ROMAN. Hablemos bajo. Es Adela!
¡Soy un pillete, verdad!
FRANC. (Gracias á Dios! No era ella.)
Me declaro protector
de su pasion.
ROMAN. Es de veras?
FRANC. Sí, hombre, sí; como lo digo.
ROMAN. Gracias!
FRANC. No vale la pena.
(Oh! si Adela le hace caso
mi horizonte se despeja.
ROMRN. Silencio! Se acerca Luis.
FRANC. Está de más la advertencia.

ESCENA III.

DICHOS, LUIS, con un libro.

LUIS. Por fin viniste, Roman...
Sin más dilacion saldremos.
ROMAN. Al instante. Sí permites...
LUIS. Aquí entre tanto os espero.
Los eambios de los perfumes
en Boussingault estudiemos
para complacer á Adela.
(Leyendo.)
«El vehículo atmosférico,
»ó la columna de aire,
»dejando el lenguaje técnico,
»puede alterar un olor
»cualquiera, si el elemento
»lleva en sí de algun principio
»odorífero.»—No veo
nada hasta ahora que explique
los cambios organolépticos.
Á ver. «Por ejemplo un ramo...»

—aplicable es el ejemplo—
»que tenga rosas, violetas,
»jazmines y pensamientos.,.
—Esto es lo que yo buscaba.—
«Decir aquí fuera necio,
»que habrán respectivamente
»de conservar sus primeros
»olores característicos.
»Pero—llegamos al pero,—
»si otro olor más poderoso
»vicia del aire el compuesto,
»como el ozono, el vapor
»de agua ó un fuerte exceso
»de carbono, que en union
»del oxígeno atmosférico
»forma el ácido carbónico,
»especial en sus efectos,
»pierden las flores su olor
»ante otro olor más enérgico.
»Caso práctico.»—Esto es
lo que yo aprenderme quiero.
«Si en ese mismo bouqué
»se pone un billete, en medio
»de sus flores, perfumado
»con sándalo, rosa, espliego
»ó almizcle, que es el perfume
»más marcado, desde luégo
»este olor artificial
»tan concentrado, y disuelto
»por el alcohol, que es
»un vehículo muy bueno,
»dominará al olor suave
»de las flores y...» Comprendo.
(Dejando de leer.)
Hola! Otra vez el ramito...
Pues haré el experimento.
Ay! qué olor tan pronunciado.
Vamos á ver el secreto.
Nada por aquí.—Veamos
si tampoco por el medio.
Triunfó la ciencia! Un billete!
Dios mio! Qué es lo que veo!

ROMAN. Qué tal?
(Á Francisco, que está leyendo el borrador de la carta que colocó Roman en el ramo.)
FRANC. Muy bien; un estilo
galante, caballeresco...
(Ap.) (El estilo de un señor
sargento de coraceros).
LUIS. (Y la letra es de su tio.
Qué cinismo! Á que le dejo
sin una muela? Más calma...
estudiemos sus proyectos.
«Desde que usted quedó viuda...»
Viuda! Por Dios que no entiendo!...)
(Alto.) Dime, Roman, este ramo
lo has mandado tú?
ROMAN. (Ap.) (Yo tiemblo!)
LUIS. Para quién? Para mi esposa?
ROMAN. (Á que descubre el enredo?)
No, Luis, éste es para Adela,
la viudita...
LUIS. (Ap.) (Ya comprendo!
Cómo era posible? Vamos...
El billete guardaremos.)
Conque te gusta la viuda?
ROMAN. Es fresca!
LUIS. (Ap.) (Tú sí estás fresco!
De modo que hay dos bouqués;
y los dos, caso estupendo,
huelen á almizcle... es preciso
que yo examine el primero.)
FRANC. (Á Roman.) (Somos dos contrabandistas.)
ROMAN. (Á D. Francisco.)
(Por fin no lo ha descubierto!)

ESCENA IV.

DICHOS, ADELA.

ADELA. Señor don Luis, Carolina
quisiera hablarle un momento,
y á usted tambien, don Roman.
ROMAN. Á verla en seguida iremos.

(*Ap.*) (Ay! la emocion no me deja
echarla un piropo tierno.)

LUIS. (Ya es imposible en el ramo
poner la carta de nuevo.
Hasta mejor ocasion,
la tendré!) Vienes?

ROMAN. Voy luégo. (*Váse Luis.*)

ESCENA V.

DICHOS, *ménos* LUIS.

D. Francisco se sienta á leer.

ROMAN. (*Á Adela.*) Dispense usted, Adelita,
si es mucho el atrevimiento.
¿Me permite que á las galas
de sus trajes hechiceros
añada este pobre ramo?

ADELA. Permito, y se lo agradezco.

ROMAN. Huélalo usted.

ADELA. Es precioso.

ROMAN. (*Con intencion.*) Pues su aroma puro y bello
es aún ménos elocuente
que lo que siente mi pecho.

ADELA. Elocuente?

ROMAN. En la expresion
que llevan sus flores dentro.
Sea usted indulgente, Adela.

FRANC. (Hizo el esfuerzo supremo.)

ADELA. Qué me quiere usted decir?

ROMAN. No adivina mis anhelos?

ADELA. Señor don Roman, no sé.
(*Ap*) (Me hace la córte.)

FRANC. (*Ap.*) (Soberbio!)

ROMAN. (Ha sonreido, qué dicha!)

ADELA. Qué hace usted?

FRANC. Estoy leyendo
un tratado de botánica.

ADELA. Pues en ella es usted diestro.

ROMAN. (Ya lo ha visto. Su semblante
lo revela.)

ADELA. (Yo sospecho
que don Francisco me espía.)
ROMAN. Viene usted? (Sale.)
FRANC. Voy al momento.
Señora, á los piés de usted.
ADELA. Un instante, caballero.

ESCENA VI.

D. FRANCISCO, ADELA.

ADELA. Perdóneme usted si ahora
le molesto con razon,
más tengo una comision
para usted.
FRANC. (Ap. asombrado.) (Qué oí?) (Alto.) Señora...
ADELA. Y como hay ciertas cuestiones
cuyo asunto es reservado,
no extrañe que haya tomado
tambien ciertas precauciones.
FRANC. Por Dios que no entiendo, Adela,
tan extraña introduccion,
ni encuentro la explicacion
de esta enojosa cautela.
ADELA. El tiempo corre impaciente...
FRANC. (Dios grande, qué me dirá?)
ADELA. Usted me perdonará
si procedo bruscamente.
FRANC. Saber el misterio ansío
porque hasta ahora no entiendo...
ADELA. Acérquese.—Yo comprendo
bien su asombro, señor mio.
Un billete aquí llegó
dentro de un bouqué sujeto.
Sabemos sólo el secreto
Carolina, usted y yo.
FRANC. Ah! señora, usted sabía...
ADELA. Lo sabía, aunque le asombre.
No quiero saber el nombre
del autor de esa osadía.
Mas de la fama á merced
que los secretos vomita,

se sabe que la cartita
es de un amigo de usted.
Bien la verdad se penetra.

FRANC. Nada sé de esa aventura.

ADELA. Pues Carolina asegura
que usted conoce la letra.

FRANC. Ese tono me lastima.

ADELA. Yo lastimarle no quiero,
mas comprenda, caballero,
la situacion de su prima.

FRANC. (Ap.) (Por Dios, que me hallo cohibido!)
Quién esta red sospechára...

ADELA. (Ap.) (Cara va á costarte, cara,
tu veleidad, fementido!)
(Alto.) Cómo al anónimo autor
el billete devolver?
¿Cómo hacerle comprender
que nada logra su amor?
Confiada en su bondad
espero que este billete
dé á su autor y le interprete
la irrevocable verdad.
Debe usted su discrecion
sin tregua alguna emplear
para que pueda tornar
ese iluso á la razon.

FRANC. (Ap.) (Fuera imposible, á fé mia,
burlarse mejor.)

ADELA. Yo espero
que sabrá ese caballero
lo inútil de su porfía.

FRANC. (Cómo se goza la indina,
pero yo me vengaré.)

ADELA. Voy á repetir á usté
las frases de Carolina.
Miéntras tanto que mi esposo
sea conmigo un modelo,
no premiaré yo su anhelo
conturbando su reposo.

FRANC. (Ap.) (El compromiso es bien serio.)

ADELA. Querer que su paz amague,
incitándome á que pague

su amor con vil adulterio,
es soberana bajeza
indigna de mi virtud.
No cabe la ingratitud
donde cabe la nobleza!
No; miéntras calme los male
de un pecho que amor le pi(
nadie logrará que olvide
mis deberes conyugales.

FRANC. Oh!...

ADELA. Sus palabras son estas:
«Haz que destierre su afan,
porque así se evitarán
consecuencias muy funestas.»

FRANC. Señora, por vida mia...

ADELA. Démoslo todo al olvido.

FRANC. Se va usted?

ADELA. (Con tronía.) Sí, ya he cumpli
la comision que traía.

ESCENA VII.

D. FRANCISCO solo.

Hasta dónde me ha humillado!
mas por Dios que no concibo
ni cómo sufrirla supe,
ni cómo oirla he podido!
Carolina no me quiere.
Por ella Adela lo ha dicho,
y el conducto es oficial.
Sin embargo, no medito
que el despecho y el deseo
de la venganza reunidos
pudieron exagerar
bastante. Y por qué me aflijo!... (Pausa.)
(Con alegrír.) Oh! bendita circunstancia
que no habíamos previsto.
Si yo lograse que Luis
se encenagara en el vicio
y la engañase, tal vez
á mis ansias diera oidos.

Ella así lo dice: «En tanto
que sea un esposo digno
y amante de su mujer,
el dueño será exclusivo
de mi amor.»—Esto es decir,
que desde el instante mismo
en que Luis lleve una vida
de contínuos regocijos,
de soirèes y de queridas,
le negará su cariño
ella, herida en su amor propio;
y acaso por el estímulo
de vengarse ó de atraerle,
sin mirar el precipicio,
entregue su amor á otro,
sin intencion al principio.
Despues... despues... nadie sabe
los decretos del destino.

ESCENA VIII.

LUIS, D. FRANCISCO.

LUIS. Carolina le ha enseñado
la carta que ha recibido
la pobre Adela?
FRANC. No tal.
Qué es lo ocurre?
LUIS. Que un tio
gravemente enfermo tiene.
FRANC. Lo siento.
LUIS. Está en Jabalquinto;
así es que parte mañana.
FRANC. Qué pesar... (Qué regocijo!)
LUIS. Y esto no es todo.
FRANC. Qué falta?
LUIS. Que Carolina me ha dicho
que quiere partir con ella.
FRANC. Y usted?
LUIS. Se lo he permitido.
FRANC. (Qué coyuntura tan buena.
Queda solo. No lo ha dicho.)

Y usted parte?

LUIS. Yo me quedo.
Nunca abandono mis libros

FRANC. (Yo no pierdo esta ocasion
que me ofrece el cielo mismo ...

LUIS. De modo que aquí me tiene
usté en viudo convertido...

FRANC. Ya le haremos distraerse...

LUIS. Si usted me da su permiso
voy á disponer...

FRANC. Al punto
vaya usted sin más cumplidos.

ESCENA IX.

D. FRANCISCO, sólo.

Se van las dos; esto es hecho.
Luis es hombre sencillísimo;—
le convenceré en seguida,
y si algun escrupulillo
tiene, trataré con arte
de quitarlo.—Vive Cristo,
que me he de vengar de Adela
como realice el plan mio!
Se acercan. Disimulemos.

ESCENA X.

DICHO, ADELA, D. ROMAN.

ROMAN. Veamos si el billetito
lo ha visto Adela en el ramo.)

FRANC. La enfermedad he sabido.
(Á Adela.) de su tio, y sé que parte...

ADELA. (Con mucha intencion.)
Pero vuelvo, don Francisco.

ROMAN. (El billete ya no está:
Sin duda lo habrá leido!)

ESCENA XI.

DICHOS, D. LUIS.

LUIS. Don Francisco, mi mujer
le llama á usted.
ADELA. (Ap.) (Cuál se afana.)
LUIS. Partirá muy de mañana,
por eso le quiere ver
para despedirse...
FRANC. Ya iba
ese favor á implorar.
ADELA. (Bajo á D. Francisco.)
(Yo le quiero acompañar.)
FRANC. (Qué mujer más vengativa!)
(Salen ámbos quedando solos en la escena Roman y Luis.
LUIS. (Con malicia, tocando el hombro de Roman.)
Roman, te has vuelto un pillete!
ROMAN. Por qué lo dices?
LUIS. Apuesto
á que no sabes qué es esto?
(Presentando un papel á Roman.)
ROMAN. Jesucristo, mi billete!
(En el colmo del asombro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El despacho de D. Luis: armario de libros: bufete en el centro: muebles lujosos y profusion de objetos de arte, como estátuas, vasos del Japon, etc., en la chimenea y mesas del fondo. Puerta al fondo y laterales, ventana á la derecha: un retrato de medio cuerpo.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, solo.

Sentado junto al bufete.

Ya concluí.—Pondré en órden
este confuso monton
de papeles, que me llenan
escritorio y velador.
Cuando vuelvan Carolina
y Adela de su escursion,
qué variado me hallarán...
y en verdad, mucho lo estoy.
Voy al café, ceno, juego,
figuro hacer el amor,
fumo pitillos y puros
y tomo ponche de rom.
En lugar del Valdepeñas
bebo Borgoña y Medoc...
y en vez de la flor de anís,
ayudo la digestion
con sendas copas de humeante

Champaña del Gladiador.
Cómo en Llardy, ceno en Fornos,
y en el Suizo hasta las dos,
—si no las veo venir—
me entretiene el dominó.—
Sanchez Esteller me viste,
Reinaldo es mi proveedor
de calzado, y de sombreros
siempre Aimable me surtió.
Llevo al ojal una rosa
y una cruz junto al boton,
y á esencia de heno cortado
siempre mi pañuelo olió.
Hablo el lenguaje galante;
me admiten en su salon
encopetadas duquesas;
y bailo con gran primor
desde el schottisch á la polka,
desde el wals al rigodon.
Para vivir de este modo
me he procurado un landó (1)
con un tronco de alazanes
y un cochero *comm'l' fó* (2)
He variado el mobiliario,
compré vasos del Japon,
vajilla de China, estátuas,
retratos y qué se yo...
Me levanto allá á las doce,
almuerzo como á los dos,
despues salgo, luégo vuelvo,
salgo otra vez, ó si no,
doy un thé á mis contertutulios
ó leo *El Diario Español*,
que me sirve de narcótico
cuando desvelado estoy.
Rindo culto á la lectura,
pero en vez de Boussingol, (3)

---

(1) Pronúnciese como aparece escrito.
(2) Idem.
(3.) Idem.

Pelouz, Gavarret y Orfila,
me procuro distraccion
leyendo en mis horas hábiles
los versos de Campoamor,
las críticas de Cadena
ó los *Cuentos de salon.*
Tambien me arrastra la música;
siempre á los conciertos voy
ó al café en que está Fortuny
junto á la Puerta del Sol,
y cuando ya me retiro,
me tomo un ponche de rom
por escuchar á Padules
en el café del Vapor.
Así es que me juzga el mundo
un calaveron atroz,
libertino, de sus rentas
perenne derrochador.
Y sin embargo, oh! misterio
que tendrá su explicacion,
aunque tantas cosas hago
yo calavera no soy.
Soy el mismo, el Luis de ántes,
con el mismo corazon,
con su aficion al estudio,
que cifra todo su amor
en su casa y su familia.
Don Francisco se empeñó
en hacerme calavera;
Roman me encuentra mejor
ahora que como estaba...
y yo en esa indicacion
de don Francisco veo mucho
más de lo que él calculó.
Me he dicho: bueno, finjamos;
todo ello es la cuestion
de gastar algo; mañana
ahorraremos lo que hoy no:
finjámonos calavera
hasta mejor ocasion.
Vendrá mi esposa y verá
lo que yo era y lo que soy,

y podrá de estas dos vidas
hacer la comparacion.
Ella así me deseaba.
Complacida está por Dios;
quizás no tarde en pesarle
lo que tanto ambicionó.
Si me quiere calavera
seguiré con la ficcion,
hasta que ella misma un dia
se arrepienta, y con la voz
suplicante aquellos libros
me traiga que despreció.
Cuánto entónces gozará,
curada de su ilusion,
cuando sepa que del tigre
la piel sola tomé yo!

CRIADO. Don Francisco Cantillano. (Anunciando.)

LUIS. Que pase sin dilacion.

ESCENA II.

D. FRANCISCO, LUIS.

LUIS. (Ap.) (No le esperaba tan pronto.)
(Alto.) Muy buenos dias, Mentor.

FRANC. Yo su Mentor? Al contrario,
me proclamo desde hoy
un discípulo obediente.

LUIS. Discípulo el profesor!
Vamos á la Castellana?

FRANC. Habrá mucha animacion.

LUIS. Iremos.
(Tocando un timbre se presenta el Criado.)
José, en seguida
haz enganchar el *landó*.
(Se retira el Criado.)
¿Y de dónce viene usted?

FRANC. De un insípido salon
donde hablaban solamente.

LUIS. Por qué insípido?

FRANC. Qué horror...
no se jugó una partida

siquiera.

LUIS. Vaya por Dios.

FRANC. Las mujeres con sus modas;
y en grata murmuracion
los hombres. Donde no hay juego
no va nadie *comme il fó*!

LUIS. Voy á vestirme.

FRANC. No tarde.

LUIS. La *toilette* es de rigor;
aquí tiene usted los periódicos.
Le trato con *sans façon*.

ESCENA III.

D. FRANCISCO solo.

Su Mentor! Pobre; no cree
que dice una gran verdad.
Inocente jovenzuelo
ántes era, y hoy es ya
calavera consumado,
gastador, pillo y audaz.
Pero aún admirado estoy
de la gran facilidad
con que se prestó á ser el
instrumento de mi plan.
—Los libros de nada sirven.
—Los abandono de hoy más.
—Vístase usted á la moda.—
—Voy los trajes á comprar.
—Vamos al café!—Sí, vamos.
—Conviene la sociedad.—
—Voy á comprar un *landó*
para poder visitar.—
Y por este estilo, á todo
cedió su docilidad.
Hoy volverá Carolina,
él no lo sabe; qué hará
la pobre cuando le vea
convertido en un truhan!
Rabiará presa de celos,
despues le suplicará,

y al fin vendrá la reaccion;
ella tiene dignidad.
Yo haré que Luis no desista
ni un ápice de su actual
vida; le diré que así
su esposa le adorará,
y á ella, de la hipocresía
vistiendo astuto el disfraz,
la diré que empleé con Luis
mi influencia y mi amistad
por quitarle de la senda
en que se empeñó en marchar,
y que siempre le aconsejo,
y le muestro el bien y el mal,
y le digo que desista.
Carolina me creerá;
¿qué no cree una mujer
si está agraviada?—Á tantear
volveré su corazon,
y hoy algo, y mañana más,
aprovechando ocasiones
la revelaré mi afan.
Cuando sea confidente
y se llegue á acostumbrar
á la idea de que soy
un iris de blanca paz;
cuando por mi mediacion
crea que puede lograr
de nuevo el amor de Luis,
que en su vida seguirá,
yo humilde principiaré
tras de obtener su amistad
á pedirle una esperanza...
La dará; sí la dará,
por tenerme á su favor
ó por gratitud quizás...
y una vez que tenga el sí
caerá en mis redes, caerá!
¿Pudo nunca la inocencia
contra la astucia luchar?
Tan sólo veo un obstáculo
que desbarate mi plan...

Adela! Y por qué me apuro?...
Si es fácil y por demas
alejarla.—Dos mujeres
bien pronto se quieren mal,
si entre las dos hay un hombre
pillo, observador, sagaz,
que hoy lleve un cuento á la una,
y en otra oportunidad
á la otra le cuente un chisme,
siempre afectando el afan
de no querer desunirlas.
Victoria puedo cantar!
Amor y astucia de acuerdo
á dónde no llegarán?

ESCENA IV.

D. FRANCISCO, ROMAN.

ROMAN. Dónde está ese tarambana?
FRANC. Fuése á su cuarto á vestir.
ROMAN. Dónde vais?
FRANC. Pensamos ir
un rato á la Castellana.
Usted de fijo vendrá.
ROMAN. Hasta mitad del paseo.
Ver á un amigo deseo
de la calle de Alcalá:
en ella me quedaré...
(Gritando.) Luis, basta de acicalarse!
Aún mi vista, acostumbrarse
no consigue á lo que ve.
Él tan brusco y tan apático...
¡oh transicion sobrehumana!
de la noche á la mañana
volverse un pollo simpático!
En señorito galante
trasformado el puritano...
Quién la clave de este arcano
puede encontrar un instante?
¡Ni un libro quiere leer!
Por Dios que pasmado estoy!

FRANC. Sí, Roman, el Luis de hoy
no es sombra del Luis de ayer.
ROMAN. Á usted debe ese favor.
FRANC. Yo con cariño profundo
le he hecho conocer el mundo.
ROMAN. Ese estudio es de rigor...
Por noticias que he sabido
pronto la niña vendrá!
¡Qué contenta se pondrá
cuando vea á su marido!
Siempre me estaba: Roman,
dile á Luis que le idolatro,
pero haz que venga al teatro...
Pues ahora no faltarán
ni una noche...
FRANC. Se aproxima
Luis en *dándy* trasformado.
ROMAN. Huy! Si viene perfumado...
LUIS. (Pobres tontos!) (Ap., riéndose.)
FRANC. (Ap., contemplándole.) (Pobre prima!)

ESCENA V.

DICHOS, LUIS.

LUIS. Querido tio!
ROMAN. Luisillo!
Y Carolina?
LUIS. Está buena.
(Á José.) Dos cubiertos en la cena.
ROMAN. Con quién cenas, gran pillo?
Mi curiosidad se excita...
FRANC. Será algun nuevo jaleo.
LUIS. (Consultando el reloj.)
Hay tiempo para el paseo.
Es que á las seis tengo cita.
ROMAN. Con quién?
LUIS. Con una mujer.
ROMAN. Y aquí la traes!
LUIS. Aquí.
ROMAN. Y así lo dices?
LUIS. Así.

ROMAN. ¡No temes?...
LUIS. ¿Qué he de temer?
ROMAN. Tu conducta es alevosa.
LUIS. No sé por qué.
ROMAN. Has olvidado
que siendo un hombre casado
perteneces á tu esposa?
LUIS. Pues de mi empeño no cedo.
Sectario de tu teoría
soy; la vida es la alegría,
lo demas me importa un bledo.
CRIADO. Ya está el *landó*...
ROMAN. Es inhumana
tu accion.
LUIS. No quiero tutores.
ROMAN. Pero...
LUIS. Basta ya, señores,
vamos á la Castellana!

ESCENA VI.

JOSÉ, solo.

El que escucha al señorito
le cree de medio á medio,
pues dice con tanto aplomo
las mentiras... Callaremos,
que por callar me regalan
aquí un magnífico sueldo.
Pero ahora que estoy solo
rienda á la lengua dar puedo,
que de tanto haber callado
la pobre se está mordiendo.
Ni el señor ha dado citas
ni vendrán, estoy bien cierto,
suripantas á cenar.
Por Dios que yo no comprendo
su carácter. Cuando están
aquí esos dos caballeros;
se hace el aturdido, el loco,
y yo que todo lo observo,
cuando se van, noto en él

un cambio... pero qué inmenso!
Se pone á leer, y dále
que te dále, si no vengo
á decirle que la sopa
ya está hirviendo en el puchero,
distraido en su lectura,
se estaría... Vienen luégo
esos señores, les cuenta
los hechos más estupendos,
les dice que aquí almorzaron
los coristas del Recreo,
y que despues fué á pasear,
y que luégo perdió un juego...
Tate, ahí llaman.—Jesucristo!
La señora! Se hundió el cielo!

ESCENA VII.

CAROLINA, ADELA, ambas en traje de viaje. Carolina figura conversar con Luisa, la criada que la acompaña. Ésta y José saludan y se retiran.

CAROL. Muy bien. En la Castellana
mi marido de paseo!
ADELA. Te has quedado pensativa.
CAROL. Motivos para ello tengo.
Adela, mira un paquete
de puros.
ADELA. No lo comprendo.
CAROL. Y aquí sables y caretas.
ADELA. Y allí estátuas.
CAROL. Ya las veo.
Naipes!
(Viendo sucesivamente los objetos que llaman su atencion.)
ADELA Ramos!
CAROL. Diarios!
ADELA. Vinos!
CAROL. Y ni un sólo libro abierto!
Billetes para el teatro...
Adela, dime si sueño.
ADELA. Mira, Carolina, mira

su retrato.

CAROL. ¡Qué bien hecho!
Pero qué variado está.
Qué peinado.

ADELA. Ya lo veo.

CAROL. Y se ha quitado la barba.

ADELA. Con ella parece un viejo.
Miéntras estuvimos fuera
algo ha ocurrido; yo observo
que Luis y la casa están
variados de medio á medio.

CAROL. Es verdad; y él ignoraba
que hoy llegaríamos.

ADELA. Cierto.

CAROL. Así hasta no hablar con él
suspendamos los recelos.

ADELA. Pero qué ruido en el patio...
Aquí están.

CAROL. Adelantémonos. (Saliendo.)

ADELA. Con Luis está don Francisco.
(Ap.) (Quiera Dios...)

CAROL. (Por Luis.) Cuánto le quiero!
(Vánse ambas por el fondo.)

ESCENA VIII.

JOSÉ.

Si digo que al señorito
es necesario entenderlo!
Corro al saber que venía,
y afectando gran misterio,
le digo: Señor don Luis,
su esposa ha llegado.—Cielos!
grita don Roman.—Demonios,
dice don Francisco; pero
mi señorito lo mismo
que siempre.—Voy al momento,
exclama con una voz
tan natural que... Silencio.
Vienen hácia aquí. José,
acuérdate del onceno! (Váse.)

ESCENA IX.

ROMAN, LUIS, D. FRANCISCO, CAROLINA, ADELA.

LUIS. Otro abrazo. Fuerte! Aprieta.
CAROL. Basta, Luis.
ADELA. (Ap.) (Jesús, qué audaz!)
LUIS. Qué tal de viaje?
CAROL. Así así...
Y tú qué tal?
LUIS. No muy mal.
ROMAN. (Á D. Francisco.) Y si viene esa mujer,
cómo se las compondrá?
LUIS. (Á Adela.) Y el tio?
ADELA. Se halla mejor.
Una fiebre catarral
tenía, que con borraja
ó tila pudo curar
sudando mucho: mas hizo
la insigne barbaridad
de llamar al doctorcillo
de un hospital militar.
Y el tal médico, que es médico
como usted...
LUIS. Fué un animal?
ADELA. En vez de curar la fiebre
y la gran debilidad,
lo envenenó...
LUIS. Y ese hombre
no está en presidio?
ADELA. No tal:
Le dió una pocion de opio
para poderle calmar,
y por poco el tal calmante
le da la calma eternal.
LUIS. Pero en fin, ya está curado?
ADELA. Si Dios quiere lo estará.
LUIS. Carolina, estás cansada...
CAROL. No lo estoy...
LUIS. Quieres al Real
venir esta noche?

CAROL. Luis,
me lo dices de verdad?
LUIS. Aquí tengo el palco...
CAROL. Adela,
qué feliz soy...
LUIS. Á cenar
iremos despues...
CAROL. Qué escucho!
Yo estoy soñando quizás?
LUIS. No sueñas, hermosa mia...
luz de mis ojos...
CAROL. Qué tal?
En donde te han enseñado
el arte de galantear.
LUIS. Galantería no es
el eco de la verdad...
CAROL. Me asombro.—Eres por lo visto,
un consumado galan.
ROMAN. Qué te parece, sobrina?
CAROL. Que le quiero mucho más
ahora... Pero explicadme
cómo pudísteis lograr
de Luis lo que yo, su esposa,
no pude obtener jamás.
ROMAN. Si esto no es nada, hija mia.
Ya veras.
JOSE. (Entrando.) La cena está...
ADELA. Voy entendiendo el misterio...
LUIS. Don Francisco á despreciar
me enseñó aquellos librotes
que concentraban mi afan.
Él me ha enseñado esta máxima:
Quien no la sabe gozar,
no es digno de la existencia.
ADELA. (No necesito ya mas,
para comprenderlo todo.
Qué infamia. Y así creerá
obtener de Carolina
el amor.)
LUIS. Ven á cenar.
Venid señores...
(Salen Luis, Carolina y Roman.)

FRANC. Hoy mismo.
en juego pongo mi plan.

ADELA. (Hipócrita!)

FRANC. (En alta voz creyéndose solo.)
Y triunfaré!
Quién en el mundo tendrá
más astucia que los hombres?

ADELA. Las mujeres tienen más!

(D. Francisco queda estupefacto. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Gabinete elegante; puertas al fondo y laterales

ESCENA PRIMERA.

LUIS solo; abriendo una carta.

Á ver qué dice esta carta
de mi apoderado.—«Estoy (Leyendo.)
»acabando de arreglar
»sus encargos.—Ya llegó
»por fin el buque esperado...
»y estamos...» Gracias á Dios!
(Dejando de leer.)
Mi pobre suegro estará
tan contento como yo...
«Ayer su padre político (Volviendo á leer.)
»puso á mi disposicion
»las cantidades que usted
»en Junio le anticipó.
»Á la vuelta encontrará
»tres letras á su favor.»
Esto no me importa, al fin
(Cerrando la carta y guardándola.)
el cargamento llegó!
Qué diría mi mujer
si conociese mi accion?

He salvado de una ruina
inminente, horrible, atroz,
á su infeliz padre. Debo
ocultar mi mediacion
en este asunto, hasta que
le escriban ellos.—Yo estoy
en que el favor pregonado
deja de ser un favor.
Allí se acerca.—La pobre (Con cierto pesar.)
creerá que un pillete soy,
un calavera sin alma...
Sigamos con la ficcion!—
que es leccion muy provechosa
la que fingiendo la doy.

ESCENA II.

LUIS, CAROLINA.

CAROL. (Ap. al entrar.) (Por Dios que estoy en un tris,
mas mi asombro no es extraño.
Bien veo para mi daño
que no es Luis el mismo Luis.)
LUIS. Carolina!
CAROL. Al fin te veo.
En dónde estuviste anoche?
LUIS. Fuí al teatro, y luego en coche
me marché á dar un paseo.
CAROL. Te estuve esperando en vano
hasta el alba.
LUIS. Y tú lo extrañas?
Como siempre me regañas
cuando me acuesto temprano...
CAROL. Pero, Luis, piensa por Dios...
LUIS. Qué pensar. Voto á mi nombre.
No se acuesta ningun hombre
decente, ántes de las dos.
Preciso es ir al café,
cenar luego es de cajon,
y despues la digestion
de la cena hacer á pié.
CAROL. Y yo entre tanto aburrida.

LUIS. (Infeliz, cómo la engaño!)
Que entre el año ó salga el año
yo no he de variar de vida!
CAROL. Tu conducta me incomoda.
LUIS. Necesario es transigir;
con la moda hay que cumplir
cuando se vive á la moda.
No soy de los egoistas,
busca en todo tu placer,
yo no te impido, mujer,
que pasees, que te vistas,
que vayas al baile...
CAROL. Yo!
Llegar á un baile sin tí...
LUIS. Esta es la moda de aquí.
No te hace gracia?
CAROL. Á mí no.
LUIS. Pues no hay remedio, hija mia.
CAROL. Qué no le hay?
LUIS. Vé si me fundo.
Si yo fuera, todo el mundo
al mirarnos se reiría.
En un salon escogido
reir á más no poder
hace el ver á una mujer
del brazo de su marido.
Solamente un forastero
así se presentaría,
quién «pegajoso» diría
y quién «perrillo faldero!»
En la buena sociedad,
es uso ya sancionado,
que uno vaya por su lado
y por otro su mitad,
y que miéntras la señora
en el brillante salon,
oye una declaracion
del polluelo que la adora,
el hombre, es muy natural,
sin que á ninguno le importe,
le hace á la dueña la córte.
CAROL. Luis!

LUIS. Sí, la córte oficial!
Y qué gozo el hombre siente
cuando en el café despues
con misterioso interés
le dice algun pretendiente:
«Qué ojuelos tan seductores
tiene tu esposa.»—Sí, eh?
—«En el baile le conté
veinticinco adoradores.»
CAROL. Luis!
LUIS. (Llora la pobrecita...)
CAROL. No salgo de casa más.
LUIS. Bah!
CAROL. Tú tampoco saldrás...
LUIS. No puedo, Carolinita.
CAROL. Como ántes nunca salías?...
LUIS. Porque no conocía el mundo.
CAROL. Luis, mira mi afan profundo...
Prométělo!
LUIS. Tonterías.
CAROL. Luis, quiero hablarte...
LUIS. No sé...
CAROL. Muy seriamente.
LUIS. (Mirando el reloj.) No es hora.
CAROL. Te marchas?
LUIS. Sí, tengo ahora
mi partida de *ecarté*.
CAROL. Me dejas?
LUIS. Chica, en verdad,
yo bien te quisiera oir,
pero ves, hay que cumplir
tambien con la sociedad. (Sale.)

ESCENA III.

CAROLINA.

Se va á jugar, no me oyó...
Es un hombre corrompido,
no me quiere, es mal marido...
Yo tengo la culpa, yo.
Ántes lo hallaba enojoso
por su aficion á leer.

¡Cuánto hoy diera por volver
á aquel tiempo tan dichoso!
Siempre en casa el pobre estaba,
y eran su sola ventura
su mujer y su lectura.
De mí nunca se apartaba.
La conciencia me remuerde!
¡qué exacto es aquel refran:
«no aprecia el bien nuestro afan
hasta despues que lo pierde!» (Váse.)

ESCENA IV.

LUIS, solo.

¡Cuánto he gozado escuchándola!
y cómo la hice sufrir...
Sufrimiento saludable
que ha de agradecerme al fin.
Dando tributo á los vicios
me supondrá la infeliz,
sin saber que con mis libros
estoy escondido aquí.
Roman se acerca.—Ficcion,
dáme tu apoyo sutíl.

ESCENA V.

LUIS, ROMAN.

LUIS. Lo primero que te encargo
es que á nadie digas nada.
Me ves aquí?
ROMAN. Sí, te veo.
Y á qué viene?...
LUIS. Pues te engañas.
Yo ahora estoy en el Suizo
jugando...
ROMAN. Basta de farsa.
Luis, tengo que hablarte mucho.
Tu mujer, deshecha en lágrimas,
dice que tú no la quieres,

que duermes fuera de casa,
que la miras como á un trasto,
y en fin, que es muy desgraciada.
Te advierto que está resuelta
á irse con sus padres.

LUIS. Calla.
Te he dejado concluir
esa relacion exacta,
para reirme.

ROMAN. Qué escucho!

LUIS. Y eso hasta ahora no es nada.
Ella ignora lo mejor...
aún no sabe las campañas
femeniles, que entre manos
tengo.

ROMAN. Luis!

LUIS. Ya me amenazas!
Si vieras ese tonito
de Mentor, qué mal te cuadra.

ROMAN. Tú estás siempre para bromas.

LUIS. Diez años más te se echáran
cuando me frunces las cejas
y me miras con audacia.
Yo sí que tengo que hablarte.

ROMAN. Dime lo que quieras, habla.

LUIS. Es preciso, amigo mio,
que me guardes las espaldas.

ROMAN. Qué quieres decir con eso?

LUIS. Que burles la vigilancia
de Carolina, inventando
mil disculpas ó mil farsas,
para que ignore mis hechos;
es decir, que una alianza
agresiva y defensiva
celebremos sin más pausa.

ROMAN. Nunca me podrás llamar
cómplice de tus infamias.

LUIS. Roman, vamos despacito...
¿quién es la indirecta causa
de mi conducta de hoy?
¿qué otras, sino tus palabras,
tus burlitas y tus bromas,

tus puyazos y tus sátiras,
fueron causa de que yo
en mi conducta cambiára?

ROMAN. ¡Qué aplomo tiene!

LUIS. Lo niegas;
pues oye y verás si marra
mi lengua. Feliz vivía,
yo muy tranquila en mi casa;
mi mujer y mis estudios
toda mi dicha encerraban.
Yo comprendo que hoy en dia
tal sistema no esté en práctica;
pero en fin, si era monótona
mi vida, era vida honrada.
Mi mujer era mi encanto;
cuando feliz la miraba
yo me creía feliz;
nunca soñé en engañarla.
Por desgracia Carolina,
sin experiencia y con ansias
de ver el mundo, no supo
dedicar ni una alabanza
á la vida que tenía;
comprenderme no lograba:
yo no la acuso; pedir
quién puede el juicio á la infancia?
Tú la traías novelas,
y la pobre niña cándida
quería ver en el mundo
lo que leía en sus páginas.
La sociedad, el bullicio,
los bailes, todo la hablaba
en favor, dando á sus sueños,
en proporciones fantásticas,
imágenes seductoras
que en su mente se grababan,
Tú por tu parte, su tio,
hombre de experiencia vasta,
que corrido se intitula,
en vez de hablar á su alma,
con tus brillantes relatos
más su ansiedad aumentabas.

Y no contento con esto,
creyendo en mí ver la causa
de que tu infeliz sobrina
en el mundo no brillára,
no perdonaste ocasion
de burlar mi vigilancia,
privándome de la fuerza
moral, con burlas y sátiras.
La pobre niña inocente,
que aún soñando se juzgaba,
llegó á ver un aliado
en tí; y en mi repugnancia
por complacer sus anhelos,
supuso ver una falta
de cariño hácia ella; entónces
desoyendo mis palabras,
os conjurásteis los dos
haciéndome encarnizada
una oculta guerra á muerte.
Ella partió; y tú, sin pausa,
de Frasquito secundando
la intencion interesada,
cuanto se hallaba en tu mano
hiciste, porque variára
yo de conducta; á los bailes
á la fuerza me arrastrabas.
Pues aquí tienes tu obra,
por cierto bien consumada;
ya no soy el Luis de ántes,
soy el Luis que deseabas.
¿Qué me tienes que decir?
Ahora acaso te espanta
de mi extrema variacion
ser el autor, eh? Pues vana
fuera tu pena; ya es tarde.

ROMAN. (Conmovido.) Es verdad, Luis, soy la causa.
Yo mismo te he aconsejado...
pero en mis ojos las lágrimas
de arrepentimiento mira.
Retrocede, haz esa hazaña,
y aléjate de esa senda.
De rodillas...

LUIS. Oh! levanta.
(Ap.) (Excelente corazon
envuelto en grosera malla.)
De tu fútil ligereza
las consecuencias insanas
vas tocando?
ROMAN. Soy culpable,
lo confieso.
LUIS. Ten más calma.
¿Ves qué difícil es dar
siempre la primer pisada;
pero tambien ves qué fácil
es mover despues la planta,
y qué terrible salir
de senda tan extraviada?
ROMAN. Haz un esfuerzo; aún es tiempo.
LUIS. De decirle tengo ganas
la verdad; ven á mi cuarto.
ROMAN. (Ap.) (Es cierto; yo fuí la causa.) (Vánse.)

ESCENA VI.

D. FRANCISCO solo, entrando por el fondo.

Oportuna es la ocasion
y no debo desairarla.
Preparado está el terreno;
la escribí anoche una carta,
que espero habrá recibido.
Hoy quiero hablarla sin falta,
aprovechando el instante
en que está fuera de casa
su esposo, y tambien Adela.
De esta incertidumbre extraña
quiero salir cuanto ántes.
Mis planes se desbaratan
ante la astucia infernal
de esa mujer despechada.
No logré su confidente
ser como yo imaginaba,
ni entre marido y mujer
consigo meter zizaña.
(Viendo á Luis y Roman venir.)

Luis y Roman! Contratiempo
no esperado que me escama!

ESCENA VII.

DICHOS, D. FRANCISCO.

FRANC. Señores, muy buenas tardes.
LUIS. (Buena ocasion me depara
el cielo.)
FRANC. Y Carolinita?
LUIS. Está en su cuarto ocupada.
FRANC. Lo siento.
LUIS. Pues no lo sienta,
que de su parte me encarga
que hable á usted.
FRANC. (Ap.) (¡Qué escucho, cielos...
le habrá enseñado la carta
que le envié ayer...)
LUIS. Roman,
véte un instante á mi sala,
que á este señor quiere hablar...
un instante... Dos palabras!

ESCENA VIII.

D. FRANCISCO, LUIS.

LUIS. No es la verdad, don Francisco
que están frescas las mañanas?
FRANC. Por qué me dice usted eso?
LUIS. Porque siguiendo la práctica
de usted, cuando están muy frescas
no me levanto...
FRANC. (Ap.) (Qué gracia!)
LUIS. Mas no crea usted que duermo
porque me quede en la cama.
FRANC. (Á dónde vendrá á parar...)
LUIS. Me da por leer.
FRANC. (Su audacia
justifica mis temores.)
LUIS. Así es, que esta mañana

cogí un diario para ver
lo que por el mundo pasa.
Hice bien, porque así ví
lo que en mi casa pasaba.

FRANC. (Qué tono tan raro emplea!)

LUIS. Pues señor, con grandes ansias
tomé el *Diario*, y al abrirlo...
me encontré...

FRANC. (Cristo me valga.)

LUIS. ¿Qué cree usted que me encontré?

FRANC. No lo sé.

LUIS. Pues fué una carta...
La recojo y leo el sobre:
que decía...

FRANC. (Suerte infausta.)

LUIS. «Á mi adorada primita
Carolina...» tenga calma...
Como mi mujer y yo
no nos ocultamos nada,
la abrí... la leí... y despues...

FRANC. (Al cuello me llega el agua.)

LUIS. Dije, se la he de entregar
á su autor: esta es la carta,
tómela usted don Francisco...

FRANC. (Derrota más soberana...)
Oiga usted, Luis.

LUIS. Me parece
la cuestion ya terminada.

FRANC. Yo le juro...

LUIS. Por qué jura?
Escuche usted dos palabras
para dar punto final
á tan enojosa plática.
Me juzga usted calavera
y al creérselo se engaña.

FRANC. Dios santo!

LUIS. Sí, no se asombre.
Comprendiendo la jugada
á sus ojos lo fingí,
pero ya la venda caiga...
Soy el mismo, el Luis de ántes,
que ve, que escucha y que calla.

Las armas que usted me dió,
serán ahora mis armas.—
Cuál de ambos es burlador,
el burlado ó quien burlaba?

FRANC. Vive Dios!

LUIS. (Con ironía.) Cálmese; ya
sabe usted que esta es su casa;
pero ojo, que existe aquí
un Argos que le repara.

FRANC. Adios, Luis. (Bien se burló...)

LUIS. Conque repito.

FRANC. Sí, gracias...
(Ap. al salir.) (Aquí estoy de más... Abur!)

LUIS. (Riéndose.) Uno ménos que estorbaba!

ESCENA ÚLTIMA.

LUIS, ROMAN, ADELA, CAROLINA.

CAROL. Abrázame, esposo mio.

LUIS. Carolina...

CAROL. Por Roman
he comprendido tu afan.

LUIS. Que estés curada confío.

CAROL. Sí, estoy de véras curada,
y con el alma te ruego
que te entregues desde luégo
á esa vida, reprobada
tan tontamente por mí.

LUIS. Te ha servido la ficcion.

CAROL. Sí, me has dado una leccion,
que hasta hoy no comprendí.

ROMAN. Y don Francisco?

LUIS. No está.
Tiene una cuenta pendiente,
y como no es muy solvente
la visita evitará...

ADELA. Era un farsante villano...

ROMAN. (Ap. á Adela,) Adelita, yo la adoro...

ADELA. Don Roman!

ROMAN. De usted imploro

un dulce sí; esta es mi mano...

ADELA. Calme usted esos extremos.
Hoy por hoy no nos amamos...
Fuerza es que nos conozcamos
y que tiempo al tiempo demos.

ROMAN. Aleluya!... Oh! qué mudanza...
¡Qué sí me dará más rico!

LUIS. Qué tienes?

ROMAN. Qué tengo? chico,
que me ha dado una esperanza!

LUIS. Vamos, tus lágrimas seca...
y da rienda á tu espansion...

CAROL. Sí, con una condicion.
Vuélvete á la biblioteca.

LUIS. Lo ves?

CAROL. Estoy convencida;
no más bailes, ni jaleos,
ni máscaras ni paseos,
que brindan dicha mentida.

ROMAN. Eso; estais desengañados.

CAROL. Ustedes lo consideren.

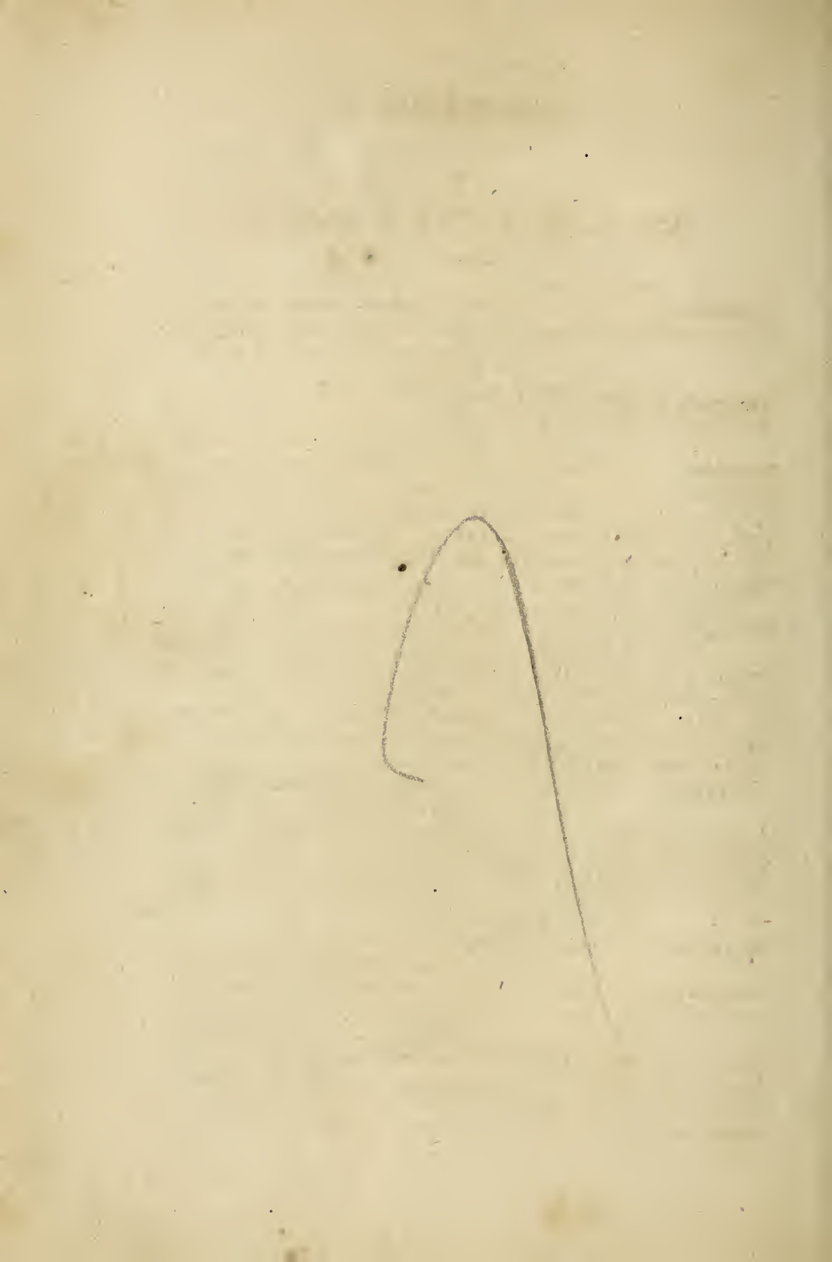
ROMAN. Los casados, casa quieren;
y los dos, estais casados.

LUIS. Ni las fiestas extremadas,
ni la completa abstencion
del placer, que malas son
las cosas exageradas.

CAROL. Volvemos á las andadas?

LUIS. No temas que yo peligre,
aunque de tu lado emigre.
Dice un refran verdadero:
«Siempre el cordero, es cordero,
»aunque se vista de tigre.»
(Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.



OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON A. E. MÁDAN Y GARCÍA.

AGRIPINA.................	Drama trágico en un acto y en verso.
AL QUE ESCUPE AL CIELO...	Proverbio dramático en un acto y en verso (en colaboracion con D. José Mariano Vallejo).
ANILLO DE FERNANDO IV (el).	Drama histórico en cuatro actos y en verso.
ARTISTAS PARA LA HABANA...	Zarzuela en un acto y en verso (en colaboracion con D. Rafael María Liern).
ASDRÚBAL.................	Tragedia en cinco actos y en verso.
BERMUDO	Drama heróico en tres actos y en verso.
CAN-CAN (el)...............	Zarzuela en un acto y en verso.
CÓMICOS EN CAMISA (los).....	Zarzuela en un acto y en verso.
CUIDADO CON LOS ESTUDIANTES	Zarzuela en un acto y en verso.
DEBER Y AFECTO EN CONTIENDA................	Drama en tres actos y en verso.
ESCALA DEL CRÍMEN (la).....	Melodrama en tres actos y en prosa (en colaboracion con D. Rafael María Liern).
ESPOSA DE PUTIFAR (la).....	Zarzuela en un acto y en verso.
ESTE COCHE SE VENDE........	Zarzuela en un acto y en verso.
GALILEO..	Drama histórico en tres actos y en verso.
GRAN SUPLICIO (el).........	Zarzuela en dos actos y en verso.
GENIO Y FIGURA HASTA LA SEPULTURA...............	Proverbio lírico de costumbres andaluzas en un acto y en verso.
LUCHA DE LA CODICIA (la)....	Drama en un acto y en verso.
LLUEVEN HUÉSPEDES	Zarzuela en un acto y en prosa.
MAESTRE DE CALATRAVA (el).	Drama histórico en cuatro actos y en verso (en colaboracion con D. Ciprian Sevillano).
MATRIMONIOS AL VAPOR.....	Comedia en dos actos y en verso (en colaboracion con D. Rafael María Liern.)
NOVIO, PADRE Y SUEGRO.....	Zarzuela en dos actos y en verso.
OLIENDO DONDE SE GUISA....	Zarzuela en un acto y en verso (en colaboracion con D. Rafael María Liern.(
PERCANCES MATRIMONIALES...	Zarzuela en un acto y en verso.
PIEL DEL TIGRE (la)........	Comedia en cuatro actos y en verso.
PUÑAL DE LOS CELOS (el)....	Drama en tres actos y en verso.
REDES DEL AMOR (las).......	Zarzuela en un acto y en verso.

RIVAL DE UN REY (el)...... Drama en dos actos y en verso.
ROBAR CON HONRA.......... Drama en cuatro actos y en verso.
ROSA................... Zarzuela en tres actos y en verso.
TALISMAN CONYUGAL (el)..... Zarzuela en un acto y en verso.
UN CASO CRÍTICO........... Comedia en un acto y en verso.
UN SUEÑO................. Drama en cuatro actos y en verso.
UNA ROMERÍA AFORTUNADA... Cuadro de costumbres cubanas en un acto y en verso.
VENGANZA DEL HONOR (la)... Ensayo trágico en un acto y en verso.
VIAJE EN GLOBO............ Zarzuela en dos cuadros y en verso.

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 9.º—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 25 á 27)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID